

La situación actual de la psicopatología como ciencia experimental.

Pedro J. MESA CID
Universidad de Sevilla

Durante años la psicopatología se ha mantenido fuera del marco científico de la psicología contemporánea; mientras ésta se distanciaba cada día más del árbol de la filosofía de donde procedía (sobre todo con la llegada y el auge del conductismo), aquélla hundía sus raíces cada vez más en presupuestos filosóficos regresivos.

Recientemente se ha puesto fin a dicha trayectoria divorciada, ya que la psicopatología actual ha incorporado los conceptos y métodos de la moderna psicología con objeto de superar el estado todavía precrítico en que se encuentra y buscando un mayor grado de objetivación para sus principios teóricos.

Introducción

La psicopatología, entendido como ciencia experimental de la conducta anormal, está en cierto modo aún por hacer, y ello en razón del estado en que se encuentra: un estado todavía precrítico en algunos de los problemas que trata de resolver y, por consiguiente, precientífico. La llamada crisis de la psicopatología reside en estar parcialmente varada, todavía hoy, en un estadio falto de objetividad.

Pero al margen de estas reflexiones, la psicopatología y todo lo psicopatológico siguen suscitando asombro y fascinación entre los estudiantes universitarios y el ciudadano medio, por cuanto se dedica al estudio de cosas fuera de lo común, en un sentido patológico, que piensa y hace la gente y a causa de las cuales suelen sufrir.

Dicho asombro se transforma en preocupación cuando se descubre que la psicopatología no siempre puede dar respuestas y soluciones válidas a muchas de las interrogantes planteadas por la conducta anormal del hombre. Por otra parte, el psicopatólogo no puede ejercer el grado de control posible en otras ciencias, siendo

sus predicciones sobre el comportamiento anómalo menos exacto de lo que quisiéramos.

Sin embargo, el avance general de las ciencias ha repercutido favorablemente en la psicopatología, hasta el punto de poder afirmar hoy que sus expertos están en inmejorables condiciones sobre las causas generadoras y coadyuvantes de las conductas perturbadas. Esto ha sido posible gracias al rápido desarrollo que la psicología, marco obligado de referencia para la psicopatología, ha experimentado en las últimas décadas y también a la más clara definición que recientemente se ha propuesto para centrar su posición en el marco interdisciplinar

El presente artículo supone, básicamente, una actualización de la definición conceptual de la psicopatología científica y una exposición de las deudas que ésta ha contraído con otras disciplinas afines, las cuales han hecho posible, en buena medida, el que hoy se le reconozca un merecido estatus como ciencia experimental.

1. Asombro y fascinación por la psicopatología

Si la filosofía, o el acto de reflexión filosófico, tiene su origen a decir de Platón¹ en el asombro (pathós) ante

¹ Platón: *Teeteto*, 155 d.

el hecho que induce a filosofar, no es menos cierto que los hechos psicopatológicos producen idéntico o mayor asombro a quienes los contemplan, sean o no expertos en la materia, por cuanto la característica que los define es la *rareza*, lo *desusado*.

La psicopatología – que es decir el estudio de la personalidad y de la conducta perturbada, anormal– supera incluso el acto de asombro para transformarse en fascinación. De hecho, el estudio de las conductas perturbadas ejerce una singular fascinación sobre la mayoría de la gente, una fascinación no exenta de cierto morbo y de una buena dosis de temor y respeto.

Dichos sentimientos están justificados, por cuanto la psicopatología trata sobre cosas fuera de lo común que piensan, dicen y hacen algunas personas, pero que de alguna manera se insertan, y esto es también lo paradójico, en la cotidianidad. Así, el psicopatólogo se esfuerza por dar respuesta y trata de explicar el *por qué* algunas personas tienen un miedo irracional a permanecer en espacios cerrados o, por el contrario, a pasear por grandes espacios abiertos; *por qué* se produce la ansiedad y *como* controlarla; *por qué* hay gente que desarrolla úlceras de estómago por conflictos emocionales; *como* se puede romper con la realidad hasta el punto de creerse otra persona o ser distinto al que se es, a ver y oír cosas que sólo están en la propia imaginación; *por qué* algunas personas de forma contumaz y paradójica, persiguen metas autofrustrantes; o *cómo* es que hay gente que llega a lavarse las manos o a comprobar si dejó cerrada la llave del gas ¡hasta 200 ó 300 veces al día!, sin que puedan librarse de estos impulsos por más que luchen contra ellos y los reconozcan como absurdos.

Todos los días de nuestra vida debemos tratar con personas y procurar entender por qué se comportan de la manera en que lo hacen. Sin embargo, ¡cuán difícil es entender por qué otra persona hace o siente algo! A veces, aun para nosotros mismos es un problema entender por qué sentimos o actuamos de alguna manera. Se requiere poner gran atención y reflexión para ser conscientes del ámbito normal de nuestra conducta previsible. Pero también, ¡que incomprensible nos parece la conducta humana fuera de esta esfera normal!

Al conversar, frecuentemente hacemos referencia a un comportamiento extraño con frases como: «está fuera de sí», «le falta un tornillo», «es un maniaco», «es un histérico» o «es un verdadero paranoico». Tales términos, carentes muchas veces de rigor científico, indican que, como observadores, encontramos que la conducta de una persona es inexplicable y que no la podemos atribuir más que a una mente trastornada.

Desde luego muy a menudo las mentes así descritas son mucho más sanas de lo que indican estas frases y adjetivos. Sin embargo, la opinión pública tiene muy presentes casos extremos y terroríficos de conducta anormal, aunque la mayoría de nosotros no haya sido testigo presencial. Pero la atención que el público presta a estos casos indica la marcada curiosidad que sentimos por investigar las causas de una conducta tan insólita y tan marcadamente patológica.

2. Subjetividad, control y predicción del comportamiento en psicopatología

En el estudio de la psicopatología es preciso contar con lo que se ha llamado *alta tolerancia hacia la ambigüedad* (Davison y Neale, 1980), es decir, tener la capacidad de sentirse seguros ante informaciones no definitivas y a veces contradictorias. En este tema se cuenta, aun hoy, con poca información segura y, de hecho, tanto el profesional como el estudiante se enfrentan a serios problemas, muchas veces también irresolubles.

En realidad se sabe muy poco respecto a las razones que mueven a los seres humanos normales y, menos aún, a los que presentan alguna conducta anormal. Al emprender el estudio de la psicopatología conviene tener presente el hecho de que los sujetos ofrecen pocas respuestas decisivas. Sin embargo, y a pesar de sus ambigüedades, el estudio de la conducta anormal es importante desde el punto de vista de la investigación científica.

La base de esta disciplina la constituyen, más que las eventuales respuestas de los sujetos, los problemas que se plantean. Por ejemplo: la íntima relación que existe entre cualquier ser humano y la subjetividad de su conducta. Un físico, pongamos por caso, podría separar más fácilmente sus emociones de su subjetividad, que un psicólogo especializado en conducta anormal. La perversión y los efectos de la conducta perturbada, además, se «cuelan» en nuestras vidas, porque, ¿quién no habrá conocido a alguien, un amigo o tal vez un pariente, cuya conducta fuera imposible de entender?. Si ya le ocurrieron estas cosas, sabe lo frustrante que es el sentirse importante para entender o ayudar a otra persona.

Desde luego esta estrecha conexión con la subjetividad, aumenta la intrínseca fascinación que este estudio ejerce sobre nosotros. Por esta razón, los cursos sobre psicopatología suelen ser de los más concurridos en las facultades de psicología.

Pero, también con facilidad, dicha fascinación se transforma en desilusión e incluso en preocupación cuando los expertos en la materia –que tienen plena conciencia de que su ciencia no es tan exacta como las ciencias puramente físicas– reconocen que no siempre pueden dar respuestas y soluciones válidas a muchos de los interrogantes planteados por las conductas anormales.

Ciertamente, la psicopatología no puede ejercer el grado de control posible en otras ciencias. Por tanto, sus predicciones y su control del comportamiento anormal no son tan completos como quisiéramos. Pero el psicopatólogo, hoy, está en mejores condiciones que antaño para organizar hechos, formular hipótesis y teorías, e incluso para diseñar modelos experimentales con objeto de confirmar o no dichas hipótesis, planeando y desarrollando sus investigaciones en base a la evidencia reunida sistemáticamente.

Una vez asentados estos principios, puede, dentro de ciertos límites, predecir la evolución de ciertas anomalías y prevenir así su presentación para tratar de con-

trolar su incidencia. Y aunque hayamos admitido que toda esta compleja tarea no siempre tiene éxito, cabe también afirmar que, a través de los años, los psicólogos han logrado desarrollar un cúmulo de conocimientos y medios que les han permitido ganar en precisión no sólo en cuanto a las observaciones de los comportamientos anómalos, sino también para corregir la parcialidad y los prejuicios personales en la interpretación de sus hallazgos.

3. La constitución de la psicopatología como disciplina científica

Poco a poco, el saber de la psicopatología ha ido cimentándose sobre los conocimientos acumulados por la observación clínica y la investigación experimental de la conducta humana normal y anormal, ampliando así el horizonte de su campo de intervención y ofreciendo una imagen más efectiva y rigurosa como ciencia.

Para llegar a esta situación, que hoy día obedece más a la realidad que en otras épocas, la psicopatología ha tenido que librar numerosas y duras batallas. Y con toda seguridad, la peor y más decisiva de todas ellas fue el logro del estatus como ciencia independiente. Fue así porque la constitución de una disciplina como tal supone, además de una innovación, una cierta ruptura con las ciencias limítrofes que, de no realizarse como es debido, puede comportar un cierto desajuste e incluso un estallido contextual en el ámbito del marco interdisciplinar (véase Polaino, 1983).

En honor a la verdad, no ha sido éste el caso de la psicopatología, o, cuando menos, no lo ha sido desde una perspectiva radical. De hecho, como tal disciplina apenas si aparece en algunos planes de estudio de las facultades de Medicina, aunque siempre, de una u otra manera, ha estado presente. Pero sucede que su incorporación con pleno derecho a los estudios de Psicología, pudiera suscitar algo de lo ya dicho más arriba.

Sin embargo, esta circunstancia no ha llegado a producirse aunque, en los primeros momentos, pudo existir cierta confusión o se plantearon violentas discusiones sobre dónde empezaba la psicopatología y dónde acababan sus límites o hasta qué punto se solapaba con otras materias.

Poco a poco, la psicopatología fue definiendo su campo de estudio, sus métodos de trabajo y sus puntos de conexión con ciencias afines. Era ésta, desde luego, la cuestión primordial, porque difícilmente puede una ciencia encontrar su puesto en el marco interdisciplinar si no resuelve previamente el problema de sus límites y competencias. Un problema que aún no está cerrado totalmente por el hecho de la juventud de la psicopatología como ciencia, una ciencia con un largo pasado y una corta historia. En consecuencia, su andadura es aún vacilante y, sobre todo, como disciplina científica está en constante mudanza. Su énfasis y dirección de cambio son tópicos de contemporánea controversia. Entre es-

tos aspectos destacan: lo ético y lo válido de la clasificación diagnóstica; el valor del modelo de anormalidad; la eficacia de los tratamientos; el futuro del concepto de salud mental y las analogías y controversias entre la investigación básica y la clínica.

La psicopatología —preciso es decirlo— está en buena parte por hacer y, o nos entregamos a la empresa, o es de temer que nunca se hará del todo. En opinión de Polaino (1983), las omisiones en las investigaciones psicopatológicas son comprensibles, aunque no por eso justificables. El autor responsabiliza por igual a psiquiatras y psicólogos de esta situación, si bien antepone a sus críticas un cierto grado de comprensión. *La psiquiatría ha descuidado —escribe— el terreno de la investigación, ocupada, por no decir absorbida, como está por ese frente que presiona sin posibles aplazamientos: la asistencia clínica. Por su parte, los psicólogos han caído, en más ocasiones de las que debieran, en dejación de estas cuestiones, a causa, sobre todo, de la falta de tradición de los estudios de Psicología, por la falta inicial de medios y de experiencia profesional y por ciertas opacidades en las relaciones con otros profesionales de la salud mental, o si se prefiere de la conducta humana desajustada* ².

En cualquier caso, éstas y otras circunstancias han conducido a que la investigación en psicopatología no vaya al ritmo que debe hoy exigirsele.

Se comprende también que la posición que ocupa esta disciplina, a medio camino entre las ciencias básicas y las aplicadas, entre la psicología de laboratorio y la clínica, es un tanto incómoda y ello puede condicionar que, como tal tarea científica, se deje por unos y otros siempre para «después»..., un después que nunca acaba de llegar.

Pese a todo, es importante que la cuestión sobre la definición del marco conceptual de la psicopatología —crucial, desde luego, porque supone marcar su identidad como ciencia— haya traspasado plenamente la barrera del «después».

Eso que llamamos psicopatología, o psicología patológica, o psicología anormal, o patología de la conducta —tan variada es la terminología usada para referirnos a una misma cosa— se entiende hoy como el estudio de los fenómenos psíquicos anormales y/o patológicos en general, que antiguamente se denominó enfermedad mental y que en la actualidad se llama, con más propiedad, conducta anormal, patológica o desadaptada.

Esta definición nos remite ciertamente y sin paliativos al estudio sistemático del concepto de anormalidad, que, como es sabido, es un concepto análogo, polisémico, pues anormal puede decirse de formas muy diversas. Pero en el concepto de anormalidad las diversas terminologías se hacen convergentes, por cuanto dicho concepto pertenece a la entraña y a la misma esencia del objeto material de la psicopatología.

Superadas algunas definiciones más ambiguas e imprecisas, como las de Warren (1966) o Pieron (1968),

² Polaino-Lorente, A.: *Psicología Patológica*, vol. 1, Madrid: UNED, 1983. pág. 152.

ancladas en un tono descriptivo y clasificatorio, subsumiendo a la psicopatología en la psiquiatría y conservando siempre la referencia inevitable a la «enfermedad mental», la psicopatología hoy se entiende, siguiendo a Maher (1974), como una ciencia experimental cuyo principal objetivo es llegar a la formulación de los principios y leyes generales que permitan explicar muchos y distintos tipos de alteraciones del comportamiento.

Para ello, el psicopatólogo depende del método científico, de la recolección metódica y del tratamiento de la información que le proporcione un punto de apoyo para el desarrollo de las leyes generales que regulan el comportamiento anormal y/o patológico.

De lo anterior se deduce que la psicopatología se halla, en la actualidad, mucho más cerca del modelo propio de las Ciencias de la Naturaleza (*Naturwissenschaften*), que del modelo de las Ciencias del Espíritu (*Geisteswissenschaften*), según la clásica división de Dilthey. Es decir, que la psicopatología, hoy, es una ciencia mucho más objetiva que antaño, que procura dejar al margen, en la medida de lo posible, las innecesarias especulaciones, e intenta captar, con la mayor finura y rigor, las alteraciones de la conducta.

4. Metodología experimental y tecnología

Si tuviéramos que establecer una jerarquía de los factores que han contribuido al logro del estatus científico para la moderna psicopatología, no cabe la menor duda en situar a la cabeza al método experimental.

Dicho método, en cuanto aplicación inmediata y rigurosa del razonamiento a los hechos que suministran la observación y la experimentación (Bernard, 1903), hace de la psicopatología una ciencia cada vez más explicativa y menos interpretativa, que deduce de las hipótesis resultados que más tarde son verificados y que sólo se atiende a lo probado.

El método experimental, como escribe Pinillos (1962), consiste en una especial manera de combinar la teoría con la observación, independientemente de cuál sea la esfera o tipo de realidad teorizada y observada. El único requisito que la aplicación de este método postula, es la existencia de una realidad observable, de la cual el científico pueda extraer los datos que ha de conectar con la teoría y a la cual pueda referir de nuevo, para su verificación (...). Lo que esencialmente distingue al método hipotético-deductivo de todos los demás es que no pone la garantía de certeza del saber en el carácter exhaustivo de la inducción, ni en la índole evidente de las hipótesis o principios inducidos en la contemplación de la realidad, sino en la verificación empírica de las deducciones derivadas de tales hipótesis³.

De aquí se deduce que la realidad a la que se aplica el método positivo no es reductible, en virtud de esa aplicación, al recortado comportamiento de los cuerpos

materiales. El método positivo no entraña la reducción consiguiente a la positivización procedente de la realidad, pero sí exige que la realidad a cuyo estudio se aplica se deje verificar tras el análisis en términos que sean contrastables.

Por ello, el psicopatólogo que trabaje con este método debe exigir que los problemas sean formulados de tal manera que puedan inscribirse en el ámbito de los cánones metodológicos de la ciencia positiva.

Por otra parte no es posible, por razón de espacio, tratar aquí sobre el complejo problema epistemológico que supone la aplicación rigurosa del método experimental en psicopatología, ni sobre las ventajas e inconvenientes que plantea la observación, entendida como elemento vertebrador de dicho método, ni sobre las graves implicaciones éticas de la experimentación (especialmente con sujetos humanos)⁴. Baste señalar al respecto que todo investigador de las ciencias del comportamiento debe ser consciente de la existencia de tales problemas y que su afán debe estar dirigido a superarlos, en la medida de sus posibilidades. Pero, al tiempo, debe también afirmarse que, a pesar de la provisionalidad a que aún se halla sometido en psicopatología el método experimental, éste es ya un instrumento irrenunciable por cuanto supone el más serio intento de operativizar las formulaciones teóricas hipotéticamente postuladas.

En este sentido, su aplicación a la psicopatología puede —y debe— remodelarla por completo. Y esto no porque se reduzca el contenido de la psicopatología a lo estrictamente empírico, marginando todo lo que en él no tenga cabida, sino por tratar de apresar el problema de lo psicopatológico por su extremo más fuerte, delimitando más certeramente las variables que intervienen en los procesos anormales de la conducta y validándolos en la contrastación de las verificaciones conclusivas. Como escribe Polaino (1983), *el hecho de admitir la presencia de variables intermedias y constructos hipotéticos no surge de un desmedido afán de purismo metodológico; admitirlos es una necesidad imperiosa que, de hecho, no puede rehusarse ni sin más sobreseerse*⁵.

En realidad, la utilización del método experimental en psicopatología ha comenzado ya a dar sus frutos, equilibrando así la balanza de los graves problemas que plantea su aplicación. En este sentido, cabe citar a los llamados *modelos experimentales*, también conocidos como *métodos experimentales análogos* (Davison y Neale, 1980), cuya máxima virtud radica en evitar ciertos errores provenientes tanto del campo clínico como del experimental, invalidando las inferencias poco fundamentadas en que tan frecuentemente han caído los psicopatólogos durante años.

Ciertamente, los trabajos de Seligman y Beagley (1975), Seligman, Maier y Geer (1978), Seligman y Maier (1976), sobre la indefensión aprendida como modelo de la depresión humana; de Rodin (1973, 1976), sobre la

³ Pinillos, J.L.: La Psicología como ciencia experimental. *Revista Universidad de Madrid*, 1962, vol. XI, núm. 41, págs. 81-128.

⁴ Para un tratamiento más extenso de estas cuestiones, véase: Piaget, J.: *La investigación en ciencias sociales*. Madrid, Alianza Universidad, 1975; Polaino-Lorente, A.: Alcance y validez de la metodología de las ciencias sociales aplicadas a la Psicología, en *Revista de Psicología General y Aplicada*, 1975, vol. XXX, 133-134, 383-407.

⁵ Polaino-Lorente, A.: Op. Cit., 1983. Pág. 97.

obesidad; de Solomon (1973, 1974), sobre la teoría del proceso oponente de la motivación adquirida en la drogadicción; de Marks (1975) y Marks, Hodgson y Rachman (1975), sobre fobias y obsesiones; de Gallup (1974), y Gallup, Ledbetter y Maser (1976), sobre un modelo de catatonía/catalepsia a partir de la investigación sobre una reacción defensiva generalizada de los animales ante la depredación, entre otros, son hoy una realidad, ya que proporcionan explicaciones a la psicopatología apoyadas científicamente y que tienen, al menos potencialmente, aplicabilidad en la situación clínica.

Claro está que la psicopatología en su conjunto, y en particular los modelos experimentales, se han visto beneficiados por la revolución tecnológica que caracteriza el siglo XX. Es más, probablemente sin el concurso de las modernas tecnologías, no habría sido posible la constitución de la psicopatología como ciencia experimental.

La revolución tecnológica es, a qué dudar, el segundo de los grandes factores que ha contribuido decisivamente al logro de dicho estatus, y sus aplicaciones en psicopatología son ya inmensas aunque no se ha hecho más que empezar.

El enorme poder de la tecnología ha potenciado a la psicofisiología, permitiendo que los registros de las variadas formas de reactividad biológica hayan alcanzado cotas muy cercanas a la perfección (baste recordar el empleo de ordenadores para análisis de frecuencias y medición de respuestas evocadas, de los polígrafos, de los registros plestimográficos, del taquistoscopio, etc.); ha impulsado el avance en el campo de la bioquímica, a través de los análisis de metabolitos permitiendo así una nueva sectorización del sistema nervioso; ha hecho posible el uso efectivo de las técnicas de *biofeedback*, de *video-tapes*, incluso de las computadoras en la determinación y evaluación de la personalidad y de las conductas anormales (Kleinmuntz, 1972; Tomkins, 1973).

Todo ello significa un tremendo avance en el campo de los indicadores neurofisiológicos, diagnósticos y pronósticos en la moderna psicopatología, siendo cada día más factible el análisis pormenorizado y controlado de la conducta y, en consecuencia, la modificación y alivio de las patologías más variadas.

Pero entiéndase que con esto no se quiere significar que la psicopatología pueda reducirse a una mera ciencia biológica o a un mero conjunto de técnicas, registros y constructos matematizables, pues los fenómenos psicopatológicos no son del todo asequibles a un esquema puramente experimental y tecnológico.

Por otra parte, son muchos todavía los retos que esta moderna ciencia del comportamiento anormal tiene planteados y pendientes de solución; sin embargo, parece necesario destacar dichas cuestiones, por cuanto expresan con absoluta claridad el alejamiento de la nueva psicopatología con respecto a la vieja psicopatología, anclada durante años en las controversias consciencia-conducta, observación-introspección, método experimental-método introspectivo, investigación clínica-investigación básica..., controversias que ya empiezan a carecer de sentido.

Lejos de este panorama, la psicopatología hoy procura conformar los datos extraídos de la observación,

experimentación y comprensión de los hechos psicopatológicos en un todo coherente, con sentido, integrando las diversas aportaciones interdisciplinarias, sobre todo las de la clínica, las de la psicología del aprendizaje y las de la psicología cognitiva. Así, el armazón psicopatológico actual se revela como la concepción estructuradora que, sin huir de la realidad de los datos, logra condensar lo esencial de éstos en un cuerpo doctrinal decisivo (véase Polaino, 1983).

En realidad, los avances señalados más arriba constituyen el panorama actual de la psicopatología como ciencia, una ciencia insatisfecha con los viejos principios imprecisos y poco rigurosos acerca de los hechos psicopatológicos, que camina hacia su consolidación como una disciplina que, en verdad y por vez primera, necesita, más que desea, ser mucho más objetiva que antaño.

Referencias

- BERNARD, C.: *Introduction à l'étude de la médecine expérimentale*. Delagrave, 2^{ème}. ed. 1903.
- DAVISON, G.D. y NEALE, J.M.: *Psicología de la conducta anormal. Enfoque clínico experimental*. México: Limusa, 1980.
- GALLUP, G.G.: Animal hypnosis. Factual status of a fictional concept, *Psychological Bulletin*, 1974, 81, 836-853.
- GALLUP, G.G. LEDBETTER, D.J. y MASER, J.D.: Strain differences in tonic immobility: Evidence for an emotionality component, *Journal of Comparative and Physiological Psychology*, 1976, 90, 1075-1081.
- KLEINMUNTZ, B.: *Computers in personality assessment*. Morristown, N.J.: General Learning, 1972.
- MARKS, I.M.: Behavioral treatments of phobic and obsessive-compulsive disorders: A critical appraisal, en R. Hersen y col. (eds). *Progress in behavior modification*. New York: Academic Press, 1975.
- MARKS, I.M. HODGSON, R. y RACHMAN, S.: Exposure un vivo treatment of chronic obsessive-compulsive neurosis: A 2-year followup and issues in treatment, *British Journal of Psychiatry*, 1975, 127, 349-364.
- MAHER, B.: *Principios de Psicopatología*. Madrid: Ed. del Castillo, 1974.
- PIERON, H. *Vocabulaire de Psychologie*. París: P.U.F., 1968.
- PINILLOS, J.L.: *Principios de Psicología*. Madrid: Alianza Universidad, 1975.
- POLAINO-LORENTE, A.: *Psicología Patológica*, 2 vols. Madrid: UNED, 1983.
- RODIN, J.: Effects of distraction on the performance of obese and normal subjects, *Journal of Comparative and Physiological Psychology*, 1973, 83, 68-78.
- RODIN, J. y SLOCHOWER, J.: Externality in the nonobese: The effects of environmental responsiveness on weight, *Journal of Personality and Social Psychology*, 1976, 33, 338-344.
- SELIGMAN, M.E. y BEAGLEY, S.: Learned helplessness in the rat, *Journal of Comparative and Physiological Psychology*, 1975, 88, 534-541.
- SELIGMAN, M.E. MAIER, S.F.: Failure to escape traumatic shock, *Journal of Experimental Psychology*, 1967, 74, 1-9.
- SELIGMAN, M.E., MAIER, S.F. y GEER, J.: The alleviation of learned helplessness in the dog, *Journal of Abnormal Psychology*, 1978, 73, 256-262.
- SOLOMON, R.L. y CORBITT, J.D.: An opponent-process theory of motivation: I. Cigarette addiction, *Journal of Abnormal Psychology*, 1973, 81, 158-171.
- SOLOMON, R.L. y CORBITT, J.D.: An opponent-process theory of motivation: II. Temporal dynamics of affect, en *Psychological Review*, 1974, 81, 119-145.
- TOMKINS, S.S.: *Computer simulation of personality*. New York: Wiley, 1973.
- WARREN, H.C.: *Diccionario de Psicología*. México. F.C.E., 1966.